

VI

LIBERTAD Y RESPONSABILIDAD, PROPUESTA ÉTICA PARA LA VIDA

Sonia Yadira Águila Camacho

DOI: <https://doi.org/10.53436/EF8523AU>

PRESENTACIÓN

La transformación creciente de las tecnologías digitales le da al individuo la posibilidad de explorar su capacidad de gestionar habilidades, recursos y estrategias para un mayor aprovechamiento de esas herramientas, por lo que, uno de los temas que cobra relevancia en el entorno universitario es la autonomía del estudiante, tanto para incluirla en su aprendizaje como para desarrollar habilidades orientadas al círculo más personal. Para discurrir sobre lo anterior, se toma como punto de partida el artículo publicado por García Castillo: “Prometeo: la educación insuficiente” (1988), ya que el título refleja claramente que los conocimientos especializados no son lo único que se debe cultivar para la vida profesional y social; hace falta algo más, la propuesta del autor es el sentido de justicia. La esfera ética es hacia donde tiende este manuscrito; a lo largo de él se sostiene: frente al peligro del sinsentido existencial que se desprende de un estilo de vida que valora en gran medida lo útil y lo práctico se vuelve sustancial una conciencia libre, creadora y responsable de sí.

El texto se resume en lo siguiente: el ser humano, y de manera concreta, la persona adquiere a lo largo de su vida capacidades y recursos con los que puede

destacar en su medio —sean habilidades técnicas, conocimientos especializados, competencias sociales o emocionales, entre otros—, pues detrás hay una idea de sobrevivencia, competencia, dominio o poder. Pero más allá de esos medios y de ese concepto de vida, hay otro tipo de cualidades que impulsan valores más altos y que abren las ventanas de la conciencia humana. Con esto, el individuo se puede mirar a sí mismo y construir lo que anhela ser. El escrito ineludiblemente se acerca a la filosofía existencialista, pero sobre todo, intenta proyectar el nexo que se establece entre autonomía y libertad, por lo que más que destacar el estado mental de angustia, nada o absurdo, se toma el lado más atractivo: la persona es libre, decide y, en ese sentido, se crea.

El capítulo se compone de tres apartados: en el primero se usa el mito de Prometeo para explicar la condición de indeterminación en la que se encuentra el ser humano, se aborda desde la versión que presenta Platón en el diálogo *Protágoras*, pero se emplea bibliografía que explica el estado de cambio y formación continua en el que se halla el ser humano. En el segundo se presenta a la libertad en estrecha relación con el acto de crear; se apela a un sentido de vida que el propio sujeto puede trazarse, esa sería la manifestación más fiel de la libertad, pues con ello se escapa de ideas impuestas y prefiguradas. Esta parte se apoya sustancialmente en concepciones básicas de Sartre, pero cierra con la reinterpretación del mito prometeico del filósofo Byung-Chul Han. El tercer apartado trata la conexión entre libertad, creación y autonomía, porque interesa señalar la importancia de darse a sí mismo sus principios y normas de conducta ante un mundo que sigue exigiendo progreso a costa del goce de la vida y de una idea de

deber. Las tecnologías que emergen y suplen a las pasadas, reemplazan al mismo tiempo los criterios sobre los que se produce y genera conocimiento en el medio académico, por lo que es preciso una conciencia crítica de la persona para emplearlas y no degradar la grandeza creadora del espíritu.

Se hacen dos aclaraciones: la primera es en relación al término hombre, este se respeta en las citas textuales que se usan, profundizar en el sentido del concepto no es el propósito de este escrito, pero aquí se opta por la idea de ser humano, persona e individuo como forma de incluir sin entrar tampoco en discusiones de género. La segunda se da en relación con la forma de citar la obra de Platón, dado que la traducción de García Gual publicada por Gredos respeta la paginación de Stephanus, se prefiere seguir este formato, no el sugerido por APA.

1. INDETERMINACIÓN HUMANA, HERENCIA DEL ACTO PROMETEICO

De modo simbólico, el mito comprende la experiencia humana, orienta la acción individual y social, su estructura le permite ofrecerse a distintas interpretaciones, dentro de cada cultura se valora en la medida en que revela una verdad. Su esencia reside en revivir la narración, porque cuando lo pronuncia un nuevo narrador y escucha un nuevo receptor produce sentido. El “Hubo una vez” con el que empiezan estos relatos da lugar ya a tomarlos para cualquier tiempo; no delimitan, por el contrario, abren la noción temporal de quien los escucha: “la propiedad primera del mito es ser un acontecimiento del anuncio que atraviesa la gran cadena de

los seres humanos de un grupo social, y que hace circular una historia que no concierne a nadie, sino que cobra sentido para todos” (Wunenburger, 2008, p. 84). Es un relato extraordinario que hay que escudriñar: lo que puede comunicar permanece oculto, en espera de un tiempo o lugar para mostrarse.

El mito esconde una explicación del cosmos, no solo envuelve una narración maravillosa o una historia fantástica de hechos y personajes extraordinarios; en él se revela la realidad tanto interna como externa del individuo; y aunque en momentos de la historia del pensamiento se desvalorizó¹, se tiende a retomarlo, pues sus relatos constituyen una alternativa al *logos*:

El espíritu humano ha estado obsesionado, desde La Noche de los Tiempos, con la idea de leyes y de orden, para dar un sentido al Universo donde vivimos y a nuestra propia vida. Los antiguos inventaron la noción metafísica, mitológica y metafórica de cosmos. Se acomodaban muy bien a una Realidad Multidimensional, poblada de entidades diferentes: de los hombres a los dioses, pasando eventualmente por una serie de intermediarios. Dichas entidades vivían en su propio mundo, regido por sus propias leyes, pero ligadas a leyes cósmicas comunes que engendraban un orden cósmico común. Los dioses podían, así, intervenir en los asuntos de los hombres y los hombres, a veces, estaban hechos a la imagen de los dioses, y todo tenía un sentido, más o menos oculto, pero al fin y al cabo, un sentido. (Nicolescu, 1996, p. 16)

¹ Por ejemplo, con el pensamiento racionalista-cientificista-positivista, tal como lo refieren Wunenburger, 2008 y Nicolescu, 1996.

El mito de Prometeo tiene tres versiones clásicas: la de Hesíodo, que aparece en la *Teogonía* y en *Trabajos y días*; la de Esquilo que lo narra en *Prometeo encadenado* y, por último, la de Platón, quien lo retoma en su diálogo *Protágoras*. Hesíodo presenta al personaje central un tanto empequeñecido, sometido al castigo de los dioses. Ahí Zeus se impone a los mortales y Prometeo comete la falta por la que los seres humanos sufren un castigo interminable. En Esquilo, aunque se advierte una de las grandes tragedias griegas (García, 2022), se “dibuja” una figura heroica del titán, se rebela y sufre el castigo a causa de buscar la libertad humana, *esfuerzo y valor prometeicos* aluden a esta caracterización, se trata de la figura clásica que destaca dentro de la cultura occidental: “Todos estamos encadenados a la roca del esfuerzo investigador inacabable para alcanzar la libertad de pensar” (García, 1988, p. 169).

La última versión, la de los *Diálogos* platónicos, tiene al sofista Protágoras como narrador de la historia. Se introduce el mito como alternativa al argumento racional para discurrir sobre la enseñanza de la virtud. El sofista, al intentar demostrar que la virtud se puede enseñar, pregunta: “¿os parece bien que, como mayor a más jóvenes, os haga la demostración relatando un mito, o avanzando por medio de un razonamiento?” (Platón, *Protágoras*, 320c). Los asistentes no prefieren nada en particular, dan libertad al sabio de elegir y exponer.

En el diálogo se sigue la versión de Hesíodo, pero con rasgos nuevos que le dan un giro a la interpretación. Se identifican cuatro momentos: 1) la formación de los mortales por los dioses; 2) la repartición de Epimeteo de cualidades y capacidades a todos los seres; 3) el robo del fuego y la sabiduría por parte de Prometeo, para sal-

var al ser humano, y 4) el envío de Zeus a Hermes para repartir el sentido moral y la justicia para la convivencia de las sociedades (García, 1988).

Aquí se cuenta que, para dar vida a los mortales, los dioses ordenan a Prometeo y su hermano Epimeteo dotarlos de capacidades para su sobrevivencia, pero es este segundo quien agota todo en los seres animales y se olvida del humano. Cuando Prometeo se da cuenta, sabe que no puede dejar a este último desprotegido, de otro modo, perecería dada su desventaja con respecto al resto de las especies, pues estas ya contaban con herramientas propias que servirían para su subsistencia.

La asignación de cualidades representa el orden del universo, se asigna un lugar para los seres, entre ellos hay una especie de justicia: no había distinción en términos de superioridad ni inferioridad, solo *lucharían por sobrevivir*, pero el hombre no tenía un don que se lo permitiera, entonces el robo del fuego y la sabiduría compensó la condición en la que se encontraba frente a los demás.

Se comprende que el don que se entrega a los humanos es de orden divino, se posee algo de los dioses: “Puesto que el hombre tuvo participación en el dominio divino a causa de su parentesco con la divinidad, fue, en primer lugar, el único de los animales en creer en los dioses, e intentaba construirles altares y esculpir sus estatuas” (Platón, *Protágoras*, 322a). De ahí que la cultura y la configuración del mundo se deriven de ese poder.

Ahora bien, la amplitud de la figura del fuego abarca distintos significados:

simboliza el poder manipulador –“homo faber”– de las manos humanas, la “techne”, la tecnología, la fabricación, la prolongación del cuerpo, la dimensión prag-

mática del ser humano, su plasticidad y su capacidad de artífice. Pero es también símbolo de la “poiesis”, de la creatividad, del arte. (García, 1988, p. 178)

La grandeza humana se entiende aquí en términos de fabricación, arte y creación. Pero sobre todo se toma esta última. El fuego es cambio y movimiento, permite crearse a sí mismo en sentido existencial, plantearse su propia finalidad, es decir, superar el modo de subsistencia y darse así su propio sentido. “Según el mito recibieron el ‘don’ del saber. Esta capacidad los obligó a construir su propia sabiduría y a estar constantemente eligiendo, decidiendo y deliberando” (Mendoza, 2016, p. 35).

Los animales están definidos, las herramientas que poseen (partes del cuerpo, instinto o sentidos) los convierten en especialistas en algo, pero no tienen la capacidad de cambiarlo. Su instinto primario de supervivencia también es inalterable: “En virtud de sus órganos e instintos especializados, los animales están adecuados y necesitan condiciones externas de vida muy determinadas, dentro de las cuales solo ellos pueden subsistir” (Malishev, 2009, p. 98). Esto los determina al punto de que los puede llevar a la extinción. Por el contrario, el ser humano puede definirse y redefinirse, especializarse en uno o en distintos ámbitos y aspectos, inventar sus propias herramientas para su subsistencia, ocio, o simple utilidad. Recrearse en cada situación es una posibilidad que le corresponde realizar, la falta de especialización es un llamado a la creación, pero también esconde una búsqueda.

La persona puede aprovechar alguna capacidad más que otra, y en determinado punto desarrollar una más o explorar las menos experimentadas. Se puede for-

mar hábitos nuevos e, incluso, abandonar los que no le sean útiles o productivos en el momento. Es capaz de habituarse a medios fuera de lo común. El desarrollo humano comprende esto y más, lo importante es destacar que las cualidades físicas y espirituales tienen su propia identidad humana y, según se explica, tienen referencias mutuas:

no son dos esferas del ser humano, que se elevan sobre nosotros simplemente la una sobre la otra. Antes bien, ambas están desde un principio ordenadas una tras otra y se ajustan recíprocamente. Esta corporalidad necesita de esta espiritualidad para completarse; y también a la inversa. (Malishev, 2009, pp. 101-102)

La interrelación de ambas constituye lo propio de la especie, dado que hay colaboración entre cuerpo y espíritu (mente), el desarrollo del primero implica el del segundo, siempre están en movimiento, no hay conclusión, más bien, es un *hacer* constante.

Además, la percepción que el animal tiene de lo que lo rodea es limitada, no necesita conocer más que lo que le es útil a su propósito de subsistir, y es su instinto el que lo guía. En cambio, para el ser humano el entorno representa un mundo que se abre para conocer, comprender, reflexionar y realizarse en él. Es una posibilidad de sentido, más allá de observar lo cualitativo o cuantitativo que posee, hay algo cotidiano y existencial; al mismo tiempo que advierte lo externo puede conocerse también, ir hacia sí, demanda autorreflexión, autoanálisis, autocrítica y autoeducación.

La no especialización del ser humano supuso restarle determinación y ampliar el margen de indeterminación.

nación, tiene libertad de crear su recorrido, motivaciones y fines:

la no especialización del hombre es falta de perfeccionamiento. La naturaleza lo ha puesto en el mundo, por decirlo así, a medio hacer, no lo ha determinado de una manera definitiva, sino que lo ha dejado sin determinar hasta cierto grado. (Malishev, 2009, p. 115)

El ser humano es un ser que piensa, fabrica, juega; aplica entonces, razón, técnica y creatividad, es creador de sí, configura aquello que lo rodea. La falta inicial relatada en el mito de Prometeo le dio la capacidad inventiva y la oportunidad de evolucionar espiritual y culturalmente, es un ser para la libertad. Tiene la capacidad de crearse porque no está acabado ni definido, de lo anterior destaca la idea de los límites: en muchos casos le son dados por alguna instancia externa, pero es él quien puede ajustarse o no o, muy por el contrario, trazarlos; en un esfuerzo continuo tiene el poder de definirse y redefinirse. En otras palabras, el ser es: “Inacabado, abierto, infinito en sí, inconcebible, pero al mismo tiempo móvil y evolutivo, el hombre reúne en sí todos los rasgos” (Malishev, 2009, p. 116).

Por último, no se tiene certeza de lo que resultará en ese proceso de creación, se puede prefigurar, pero no preestablecer. Habrá algo que sorprenda, tanto si se ha alcanzado cierta perfección, como si hay una especie de retroceso o estancamiento: “el hombre está situado dentro del ámbito de semejantes ascensos y caídas. Como decían los antiguos: la posibilidad del conocimiento y de la virtud incluye la del error y la del vicio” (Malishev, 2009, p. 116).

El ser humano, por sobre las cualidades físicas, posee aquello que le permite *no empezar de la nada cada vez*, a saber, la experiencia, su historia y la memoria que se conjugan en su cultura. Crear entonces le es algo propio, esencial para su ser; ahí se encuentra el ejercicio de su libertad y autonomía.

2. LIBERTAD, CREACIÓN DE SÍ

En 1945, en un ambiente de postguerra, ante un grupo heterogéneo como público, Jean Paul Sartre pronunció su célebre conferencia *El existencialismo es un humanismo*, misma que se publicó al año siguiente bajo ese título. Las palabras son una defensa del existencialismo ante aquellos que lo identifican con una filosofía oscura y pesimista de la vida. La época no era muy esperanzadora, heredó rasgos nihilistas y en ella cobró auge la pregunta por el sentido de la vida,² no obstante lo anterior, se hacía —y se hace— necesaria una respuesta optimista. Sartre, ante las críticas, hizo el esfuerzo por destacar un enfoque humanista y señalar que dicha corriente no es una filosofía contemplativa, sino de acción, y con este cambio presenta el horizonte de posibilidades que hacen de la persona un ser libre y dueño de sí; lo hace responsable de qué tan suyo vislumbra su camino de vida.

Uno de los fundamentos filosóficos sartreanos que sostienen lo anterior es la *conciencia* que le adjudica al ser humano para realizar un proyecto existencial. Esa se manifiesta en la intención de alcanzar lo que se desea para sí, quiere decir que el individuo *se está haciendo*

² Albert Camus en 1942 afirma que la única interrogante importante para la filosofía es ese.

de manera constante en un quehacer inacabado (Malishev, 1996).

Por otro lado, la afirmación: “la existencia precede a la esencia” (Sartre, s/a, p. 14), revela que no hay naturaleza humana por la que se defina la vida, no hay un plan prefigurado que se deba seguir, el camino más bien se construye según la propia particularidad. Parafraseando a Sartre, se es como uno se concibe y como se desea una vez que se es consciente de la existencia, *se es lo que se hace*; se es proyecto formado desde sí, de la voluntad individual (Sartre, s/a).

La libertad se conecta con la autonomía de la persona en la medida en que ella puede plantearse sus propios principios, descubrirse en su cotidianidad y *ser* conforme a sus aspiraciones y expectativas; ya que se niega el determinismo, se afirma la libertad. Si bien el pasado se imprime en el sujeto, no lo predispone de manera decisiva, hay horizontes únicos que debe trazar por sí, el cambio es una posibilidad. Esto es contrario a esperar que todo esté dado o desear que haya un molde al cual adaptarse. La *felicidad*, la *riqueza*, el *prestigio* o el *progreso* son ideas implantadas de las que se conocen algunas condiciones y efectos; sobre lo no explorado no se sabe nada, corresponde transitarlo y asumirlo.

De este desconocimiento nace la angustia, concepto que se adhiere a la corriente existencialista y por el que se la califica de sombría, pues comprende la falta de fundamentos o principios escritos que hagan la vida más fácil, pero ante esto la libertad o autonomía serían aparentes, limitadas o estériles. Es preciso indicar que la angustia sartreana trata de la emoción sentida al ver que el horizonte de posibilidades puede ser amplio. Además, hay que añadir que no todo depende del individuo,

hay factores externos que pueden intervenir tanto para resolver como para disolver planes. Lo que sí depende de la persona es la exigencia interna, con ella se va definiendo, se reconoce por su acción, en ella está la posibilidad de trazar lo que desea, pero, sobre todo, elegir cómo está dispuesta a hacerlo.

La postura entiende que no elegir también es una opción, se elige de igual modo, solo le queda asumir lo que otros decidan o lo que resulte ante tal omisión. Sucede lo mismo que someterse a algo preestablecido, acatar normas, aceptar un proyecto de vida o adherirse a una moda; el móvil puede ser el miedo, la comodidad o la conveniencia, pero de fondo, hay una elección.

Por otro lado, lo presupuesto tiene el inconveniente de caducar, ya que las realidades cambian, por ejemplo, desde una visión temporal, las épocas son distintas y se puede admitir que lo del tiempo presente resultará anticuado para generaciones futuras: un estilo de vida, un principio, un ideal, entre otros. Por eso, se invierte una idea más: no son las pasiones las que motivan un proyecto, el trayecto es el que inventa la pasión para sí.

Las posibilidades de elegir están en los caminos que la persona pueda plantearse, en lo que vislumbre o imagine, por lo que la responsabilidad “implica conciencia de las limitaciones del ser humano, conocimiento de la frecuencia con que se yerra, de que la razón si bien le permite ver con claridad, nunca le permite ver del todo” (Malishev, 1996, p. 31).

Crearse implica comprometerse consigo mismo, asumir que la responsabilidad de que el camino se resuelva de una o de otra manera es de sí, no de otros, y ya que la responsabilidad es susceptible de transfigurarse, es importante una conciencia clara sobre lo que

se atribuye al *sí*, para no actuar de mala fe consigo ni con los otros: si hay un juez, debe ser primero interno (Malishev, 1996).

Pero más que apelar a un tribunal, Sartre prefiere referirse a un artista: “Hay que comparar la elección moral con la construcción de una obra de arte. Y aquí hay que hacer enseguida un alto para decir que no se trata de una moral estética” (Sartre, s/a, p. 36). El sujeto es comparable a quien crea realidades, cada elección y acto construyen la creación artística en que se convierte el camino elegido; así como no se puede saber con exactitud en qué resultará una pieza de arte, tampoco se conoce el desenlace de las decisiones tomadas, en eso consiste el acto moral al ser creación:

que nosotros inventamos los valores no significa más que esto: la vida, a priori, no tiene sentido. Antes de que ustedes vivan, la vida no es nada; les corresponde a ustedes darle un sentido, y el valor no es otra cosa que este sentido que ustedes eligen. Por eso, se ve que hay posibilidad de crear una comunidad humana. (Sartre, s/a, p. 41)

Libertad hasta aquí es entonces, decidir y crear, pero también interesa para este caso la autonomía con la que la persona se puede dar los principios y normas que la regirán, individualmente y en sus relaciones. Se trata de la libertad que con cada paso o elección se forma de manera única y al mismo tiempo se asume la responsabilidad. No solo se tiene la posibilidad, sino también la exigencia de que los hábitos, las costumbres o modos de vida tengan origen en su voluntad. La conciencia moral es libre también en este sentido, en el camino se puede

formar sus propias motivaciones, en eso consistiría la autonomía.

Pero se reitera, no hay libertad absoluta, el porvenir y el mismo presente se someten a distintas condiciones y circunstancias, no dependen completamente de la individualidad; lo que aquí se sostiene es que *el modo* en que se toman decisiones sí es absolutamente de la persona: “[lo que] hace en el mundo, todo lo que proyecta, todo lo que vive es decisión suya, porque no está definido de antemano” (Gordillo, 2009, p. 10). Al sujeto le corresponde dictarse *cómo ser*, antes que determinarse por las épocas, instituciones, figuras de autoridad, modas o tecnologías. Ser libre no significa solo tender a lo que se desee, sino elegir también cómo se realizará. La conciencia que actúa en el mundo y es capaz de dar sentido o cambiarlo, es conciencia libre, concreta –no teórica–, pues en cada acto se pone una finalidad muy propia.

Ya que no hay predeterminación en este sentido, reinventarse y transformarse es una exigencia en la medida en que se vive entre sistemas que tienen control en los distintos ámbitos en los que funcionan, sean políticos, económicos, académicos u otros. La conciencia lee su realidad, la interpreta y le otorga un sentido también, puede ir más lejos y reordenar su individualidad, aquí se está en el terreno de la libertad: “El ser de las cosas aparece en relación a la existencia de la conciencia, al modo en que las cosas son entendidas, interpretadas, valoradas, etc., relativas al proyecto intencional de la conciencia dinámica del hombre o humana realidad” (Gordillo, 2009, p. 28). El ejercicio de esta implica ser responsable con la realidad vivida, ya se ha mencionado que la libertad consiste, en parte, en construir o crear,

no sin razón ni por azar, pues el conjunto del individuo refleja una concordancia con dicha creación.

La otra cara de la libertad la presenta el filósofo surcoreano Byung-Chul Han quien inicia *La sociedad del cansancio* con una reinterpretación del mito prometeico pensada desde el siglo presente. Fija la atención en el momento en que el águila devora las entrañas del titán; reflexiona en torno al castigo infinito impuesto por los dioses y aquí presenta un giro: para él, el castigo del individuo no proviene de entidades externas, entre ellas, instituciones, autoridades o figuras de poder, por el contrario, se trata de una pena autoimpuesta, es él quien se explota, se consume a sí mismo: “el sujeto de rendimiento, que se cree en libertad, se halla tan encadenado como Prometeo. El águila que come su hígado en constante crecimiento es su álter ego, con el cual está en guerra” (2012, p. 9).

La idea que sostiene toda la obra de Han es la de la *positividad* instalada en la sociedad actual. Una de sus manifestaciones es una especie de *sí* anticipado ante los deberes u obligaciones que pueda asumir, el *no* no es posible: “La sociedad de rendimiento se caracteriza por el verbo modal positivo *poder* (*können*) sin límites” (2012, pp. 26-27). Por eso el sufrimiento del Prometeo del siglo XXI es el cansancio. Detrás hay una actitud ambiciosa del individuo –todo le es posible–, que se acompaña de algunos peligros: por un lado, los estados mentales que atravesará y, junto con esos, los fisiológicos, ya que gradualmente son asumidos como condiciones a las que se adapta el organismo. Esa aspiración comprende entonces un doble filo: el éxito y la derrota, la alegría y la depresión. Por otro, la consigna de conseguir lo propuesto puede llevar a la degradación

de principios, dado que la persona se guiará por *lo que se puede*, no por *lo que se debe hacer*.

La idea tiene diversas aristas por abordar: la económica, sociológica o psicológica, pero por parte de la filosofía se puede entrever: el sentido y finalidad de conseguir todo lo propuesto, la anulación de los límites y el tiempo de ocio. Algunas interrogantes más versarían sobre qué es el hombre, la finitud del ser humano, cómo reconocer el auténtico goce de probar los alcances y el poder de decir no. ¿*Poder todo* no traerá, de manera paradójica, una especie de desazón?

Nadie le dicta al sujeto ahora qué hacer, se emancipó de la coacción, pero él prefiere trabajar:

Precisamente Nietzsche diría que aquel tipo de ser humano que está a punto de convertirse en una realidad de masa ya no es ningún superhombre soberano, sino el último hombre que tan solo *trabaja*. Al nuevo tipo de hombre, indefenso y desprotegido frente al exceso de positividad, le falta toda soberanía. El hombre depresivo es aquel *animal laborans* que se explota a sí mismo, a saber: voluntariamente, sin coacción externa. Él es, al mismo tiempo, verdugo y víctima. (Han, 2012, p. 30)

El autor surcoreano señala la importancia de detenerse entre toda esta vorágine de hacer y producir, la pausa cobra sentido para mirar hacia adentro en una especie de valoración, para seguir o reordenar. El mayor impacto se encuentra en la formación del carácter, en ser templado para reaccionar, pues implica parar, meditar, decir o hacer; para él la impulsividad es síntoma de agotamiento. La hiperactividad puede anular el placer e incluso: “En lugar de llevar a la libertad, origina nuevas obligaciones. Es una ilusión pensar que cuanto más

activo uno se vuelva, más libre se es” (Han, 2012, p. 54). Lo depresivo se produce cuando no se puede más, cuando la determinación cede, cuando no se lucha más, pues hay una especie de afirmación, un sí que antecede a los deseos profundos de la persona: la sociedad se ha impuesto la idea de *poder* de manera incansable. Seguir sin parar conlleva la repetición; detenerse, por el contrario, puede originar lo nuevo.

3. AUTONOMÍA, PROPUESTA ÉTICA

De vuelta al mito que aquí se ha tratado, se toma lo siguiente:

era ya el día destinado, en el que debía también el hombre surgir de la tierra hacia la luz. Así que Prometeo, apurado por la carencia de recursos, tratando de encontrar una protección para el hombre, roba a Hefesto y a Atenea su sabiduría profesional junto con el fuego —ya que era imposible que sin el fuego aquella pudiera adquirirse o ser de utilidad a alguien— y, así, luego la ofrece como regalo al hombre. De este modo, pues, el hombre consiguió tal saber para su vida; pero carecía del saber político, pues este dependía de Zeus. Ahora bien, a Prometeo no le daba ya tiempo de penetrar en la acrópolis que mora Zeus (...) Una vez equipados de tal modo, en un principio habitaban los humanos en dispersión, y no existían ciudades. Así que se veían destruidos por las fieras, por ser generalmente más débiles que aquellas (...) Ya intentaban reunirse y ponerse a salvo con la fundación de ciudades. Pero cuando se reunían, se atacaban unos a otros, al no poseer la ciencia política; de modo que de nuevo se dispersaban y perecían.

Zeus, entonces, temió que sucumbiera toda nuestra raza, y envió a Hermes que trajera a los hombres el sentido moral y la justicia, para que hubiera orden en las ciudades y ligaduras acordes de amistad. (Platón, *Protágoras*, 321d-c)

Aquí, Protágoras señala un aspecto que ayuda a desarrollar la idea de este apartado. Prometeo advirtió la importancia de llevar la técnica y la sabiduría al mismo tiempo, pues la una era inútil sin la otra; solo un discernimiento más elevado se percató de la necesidad de la política para la vida en comunidad, es decir, la sabiduría y la técnica le dan al ser humano la capacidad de sobrevivir –fabricar utensilios, cultivar, cazar–; configurar una cultura –nombrar cosas, creer en dioses, conocer y saber–; y crear –dar sentido, recorrer un proyecto de vida–, pero este acto de significar o crear, tiene su extremo contrario: el de destruir. Las guerras y el odio que las mueve son lo más evidente, pero también hay apatía, ira, hostilidad, envidia o depresión, que pueden llevar al aislamiento, soledad, sabotaje, vicios, sinsentido auto-explotación –como ya se mencionó con Han. El mero acto de reunirse no garantiza que se guarde orden y armonía, falta la acción ética.

Con el fragmento de arriba se ilustra esa progresión: de la mera sobrevivencia a la coexistencia: “Frente a la *demiougiké téhne* surge la *politiké téchne* (en el sentido de técnica de convivir en la ciudad y no de gobernar la ciudad), base de la excelencia o *areté* política, que se realiza mediante las virtudes de la justicia y la moderación” (García, 2022, p. 145).

Interesa señalarlo porque a partir de ahí se proyecta el aspecto ético que potencian las universidades para la ciudadanía. En el diálogo platónico se eleva la educa-

ción de camino a la excelencia profesional a medio para cultivar excelentes ciudadanos.

La organización social no es una cuestión de naturaleza, esa capacidad no le fue dada tampoco como regalo, la desnudez en el mito simboliza también carencias en la vida social, es una falta que tiene que subsanar desde la justicia y el sentido moral, estas sostienen la convivencia entre individuos y naciones. Se añade además que orientan el ejercicio profesional y el conocimiento científico, quedarse en el nivel de la especialización equivale a habitar solo la morada de la sabiduría y la técnica, sin el sentido moral superior que guía ese saber.

Como ya se mencionó, la asignación de capacidades obedece, en primer término, a la ordenación del universo; en segundo, a la supervivencia de las especies y, por último, a la evolución de la humanidad, ya que al principio no tiene nada, se encuentra desnudo y descalzo, pero el fuego y la sabiduría le abren la posibilidad de explorar su mundo, conocerlo y gestionar ese aprendizaje.

Que el ser humano no posea cualidades físicas como las de los animales, no implica que esté en desventaja ni, por el contrario, poseer ciencia y técnica, por sí, tampoco lo colocan en un lugar superior en ese orden. Si hay grandeza, se mostrará en *el cómo* se alcanza el saber y qué se hace con él, quiere decir que detrás hay algo más que la sujeta, a saber, la finalidad, los principios y el sentido que le otorga el propio individuo; de esto trata la ética desde el ejercicio de la autonomía.

Apegado a su raíz griega, el término autonomía significa darse a sí mismo sus propias normas. El ser humano tiene la capacidad y libertad de crear sus pro-

pios principios y seguirlos desde la voluntad, sin coacción, con lo cual se expresa un deber para sí. Implica, a su vez, poder conocerse, reflexionar, analizar y comprender su entorno, ya que los actos individuales tienen alcance social, la persona forma parte de distintos círculos: el familiar, institucional, profesional, entre otros.

La autonomía es una especie de poder que se ejerce sobre sí y desde sí, para orientar y significar la propia vida. En este sentido, forma un binomio con la libertad, en términos de crear, trazar fines y medios; comprende el proyecto de vida, lo que se es y lo que se puede llegar a ser, y se asume la responsabilidad de lo que resulta. La autonomía se cultiva:

es el resultado de un proceso de crecimiento que requiere del sujeto un esfuerzo consciente que se gesta a lo largo de la vida y en donde intervienen aspectos evolutivos de carácter cognitivo y moral que en últimas le permita hacer el tránsito de la situación de heteronomía hacia la mayoría de edad o la autodeterminación. (De Luca, 2009, p. 906).

Denota la madurez psicológica, emocional, cognitiva y social, habla de un individuo activo y reflexivo, que se apropia de sí. La autonomía trata del ser auténtico, no de la apariencia; con ella se satisfacen deseos e intereses personales, se es crítico consigo mismo, y en este sentido, se redirige o renueva con conciencia.

En concordancia con lo anterior, llama, más que a producir o reproducir, a crear dentro de lo posible, pues como ya se comentó, una libertad absoluta es impensable.

En el ámbito académico, las instituciones prescriben planes, programas, lineamientos, objetivos, cronogramas, evaluaciones, certificaciones y otros a los que adherirse o aspirar, sobrepasan en cierto modo a la vo-

luntad individual. Las universidades tienen intereses de tipo económico, social o político a los que no siempre se suscribe la persona, por eso, la libertad y autonomía funcionan de contrapeso para el gobierno de sí y la realización de un proyecto de vida.

Se persigue tomar decisiones, distinguir sesgos, ser honestos, no caer en manipulaciones ni dejarse persuadir, sobre esto, los avances sociales y, en buena medida, los tecnológicos son una plataforma para explorar dicha autonomía. Hay información y contenido disponible para consultar, herramientas con las que se aprende, genera y crea; no obstante, se requiere distinguir fuentes fiables lo mismo que imponer límites y criterios para generar aportaciones originales, de los que se asuma la responsabilidad y no generen conflicto con instancias externas.

Aunque “La educación en la escuela apenas ha influido sobre la capacidad de los estudiantes para aclarar el sentido de su vida” (de Luca, 2009, p. 918), la vida académica tiene la posibilidad de formar individuos que manifiesten su voluntad, cultiven sus propios intereses, aspiren a metas genuinas y que, al mismo tiempo, los inspiren y motiven. Desde esta perspectiva, el conocimiento y la experiencia del maestro se convierten en una especie de guía, el alumno es el responsable de su aprendizaje, los logros al respecto y los medios usados son una conquista personal.

El conocimiento, la especialización, la ciencia y la técnica que se ofrece y adquiere en las universidades no son suficientes herramientas o cualidades para la persona, esas son útiles para sobrevivir, de ahí que las aspiraciones por una carrera profesional sean lucrativas. Falta que los institutos incluyan cuestiones sobre el sen-

tido social de la profesión, sobre la actividad ciudadana de estudiantes y egresados y que potencien la libertad, autonomía y creación de los individuos para abrir un sentido en la existencia.

REFLEXIÓN FINAL

La autonomía es un concepto que se incluye cada vez más en distintos ámbitos, la medicina clínica es uno donde más se trabaja desde hace unas décadas, con él se sugiere el poder de decisión que tienen los pacientes para iniciar, continuar o retirarse de un procedimiento; no obstante, el tema no es simple, se puede ligar a los intereses del Estado y de las instituciones, aunado a cuestiones sobre consentimiento informado, capacidad o competencia de la persona –deliberación racional–, principios o valores del médico, recursos de los hospitales y contexto actual que se vive –una emergencia sanitaria como la del 2019 puede reconfigurar los protocolos seguidos en un momento de normalidad.

En el caso de la educación la discusión está completamente abierta, al menos por tres supuestos: por un lado, se cuenta con plataformas tecnológico-digitales que potencian el aprendizaje autónomo de los estudiantes; en segundo lugar, por la alta exigencia de producción y la mecanización a la que puede llevar, y por último, a la incertidumbre laboral y de desarrollo profesional de las generaciones actuales. Es un tema actual para el futuro de los universitarios.

A partir de aquí hay un giro al estilo kantiano, no es el alumno el que se define en torno a lo establecido por las instituciones, intereses de Estado o estilos de enseñanza de los docentes, si los estudiantes son el centro

de la educación, a ellos les corresponde trazar objetivos, fines, medios, principios y recursos. Su voluntad y deseos son la fuente de los mismos, se abre una ruta para inventarse. El camino no es simple tampoco, aquí se entrevé el concepto en jóvenes universitarios, pero la autonomía es una capacidad que se puede cultivar desde la educación inicial, en casa y en la sociedad. Además, hay reglas, imaginarios o fines dados, uno de ellos es el desarrollo profesional que se liga a estilos de vida ostentosos; deshacerse de esos implica cambiar la mentalidad individual y social; apelar a una vida con sentido existencial parece descontextualizado, pero es el trabajo de las humanidades; las artes o la poesía ofrecerán un horizonte similar, cultivar el espíritu y las emociones o imaginar sociedades en armonía funciona de contrapeso a ideas que predeterminan y restringen la libertad humana.

REFERENCIAS

- Camus, A. (2004). *El mito de Sísifo*. Losada.
- De Luca, C. (2009). Implicaciones de la formación en la autonomía del estudiante universitario. *Electronic Journal of Research in Educational Psychology*, 7(2), pp. 901-922. <https://ojs.ual.es/ojs/index.php/EJREP/article/view/1364/1527>
- García Gual, C. (2022). *Prometeo. El mito del dios rebelde y filántropo*. Editorial Turner.
- García, P. (1988). Prometeo: la educación insuficiente. *Campo abierto*, (5), pp. 167-182. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=118890>

- Gordillo Á., L. (2009). Sartre: la conciencia *como libertad infinita*. *Tópicos. Revista de Filosofía*, 37(1), pp. 9-29.
- Han, Byung Chul. (2012). *La sociedad del cansancio*. Herder.
- Malishev, M. (2009). El existencialismo ateo de Jean-Paul Sartre: libertad, responsabilidad y angustia. *La Colmena*, (12), pp. 23-31. <https://lacolmena.uaemex.mx/article/view/6889>
- Malishev, M. (2009). *El hombre: un ser multifacético. Antología de antropología filosófica*. Universidad Autónoma del Estado de México.
- Mendoza, R. (2016). *Ética: formación y transformación humana*. Editorial Torres Asociados.
- Nicolescu, B. (1996). *La transdisciplinariedad, Manifiesto*, Multiversidad Mundo Real Edgar Morin, A.C.
- Platón. (2010). *Protágoras. Diálogos I*. Trad. Carlos García Gual. Gredos. pp. 235-300.
- Sartre, J. P. (s/a). *El existencialismo es un humanismo*. Ediciones del 80.
- Wunenburger, J. J. (2008). *Antropología del imaginario*. Ediciones del Sol.